

Leoncio de Neápolis: *Vida de Espiridón.*

Introducción, traducción y notas de Pablo Adrián Cavallero et al.
Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras –
UBA, CABA, 2014, 244 pp.

Se trata de una meritoria investigación en equipo, integrado por Alberto Capboscq, Tomás Fernández, José Luis Narvaja, Analía Sapere, Soledad Bohdziewicz y Fátima Iribarne, dirigido por el Dr. Pablo Cavallero, responsable de la Sección de Filología Medieval, hoy prestigioso referente en temáticas bizantinas y miembro de la Academia Argentina de Letras desde 2008.

El libro cuenta con una introducción tan indispensable como acertada y sólida, la traducción del original griego apoyada, entre otras fuentes, en el manuscrito Laurenciano XI 9; notas de índole filológica, literaria, retórica, histórica y teológica, más apéndices; en estos se han incluido tres índices -bíblico, de nombres de personas y de lugares-. Complementan el texto cuatro íconos bizantinos en color. Pertenece a la Colección Textos y Estudios 16.

De Leoncio de Neápolis se conservan completas tres “Vidas”: La de Simeón el Loco, la de Juan el Limosnero y la de Espiridón. Las dos primeras ya han sido publicadas por los equipos de Cavallero. La tríada pertenece a la hagiografía, género de gran desarrollo y de enorme difusión en Bizancio. Y el libro objeto de análisis testimonia la institucionalización de la santidad en la sociedad cristiana en los comienzos bizantinos, a la vez que suma datos interesantes sobre acontecimientos históricos, prácticas y creencias de la época.

Adentrándonos en el texto mismo, corresponde identificar brevemente a Leoncio y a Espiridón. No fueron contemporáneos ya que unos tres siglos

separan al autor de su personaje. El primero vivió en Neápolis (hoy Limassol), ciudad de la isla de Chipre, entre 590 y 650, y Espiridón, entre 270 y 350. Tienen en común haber sido chipriotas y obispos. Leoncio debió exiliarse de la isla a causa de la invasión árabe. En el prólogo a *Vida de Juan el Limosnero* señala que ha estado en Alejandría. Luego de que esta ciudad fuese tomada por los persas desde 618 a 629, pasó a manos de los árabes desde 639 a 641. En esos diez años -629 a 639-, intermedio entre las dos ocupaciones, debió ser que Leoncio visitara la cosmópolis. Poco más se sabe de su vida.

Por su parte, Espiridón nació en Asquiá, localidad también de Chipre. Su nombre es parlante: σπυρίς significa “canasta”, semejante a la capucha clerical asimilable a las palmas de las virtudes, contenidas como en un cesto, que sería la corona de la santidad y los abundantes frutos que se desprenden de ella. Su representación plástica recuerda esta asociación.

Σπυρίδων no fue siempre célibe ya que hasta el emperador Justiniano (siglo VI) -y por razones de derecho patrimonial- dicho estado era voluntario para los obispos, aunque Espiridón prefirió “la gracia del sacerdocio”, como atestigua el Prólogo (p. 165). Ya viudo y habiendo sufrido también la muerte de su única hija, Irene, exento por ende de responsabilidades familiares, se dedicó de lleno a la tarea evangélica y a la vida retirada. A pesar de su responsabilidad episcopal, Espiridón de Trimitunte (hoy Trimitusia) trabajaba en el campo: era pastor de cabras durante la noche, cuando entonaba salmos, mientras que de día era pastor de hombres porque predicaba el Evangelio. Austero, humilde y solidario, no deseaba riquezas y prefería repartirlas entre los “soldados imperiales que le salían al encuentro” (p. 203).

El texto, laudatorio desde el principio al fin, no debe haber sido leído en celebración litúrgica porque es extenso pero sí se presta para iluminar la festividad del santo, instituida en las iglesias ortodoxa y católica, respectivamente, el 12 de y el 14 de diciembre. A Espiridón no le es fácil conciliar justicia y misericordia. Y esta tensión está reflejada en el cuerpo de las anécdotas que, junto con dichos y milagros, forman el sector más extenso porque opera retóricamente a modo de *argumentatio*. Estas anécdotas concatenadas abarcan diecisiete capítulos, con un patrón estructural similar: relato del episodio, comentario sobre él y elogio de tono lírico final. Intenta mostrar, para todo público, la coherencia entre ἔργα y λόγοι, hechos y palabras; por eso el cristocentrismo ortodoxo se expresa desde una perspectiva más práctica que teórica. El octavo capítulo, por ejemplo, es el más extenso y está ubicado en el centro mismo de los 17, referido a la enfermedad y curación del emperador, seguramente Constancio II (317-361), tercer hijo de Constantino I el Grande, frente al cual Espiridón se muestra como san Pablo ante Nerón. Dirá: “Veo solamente a un hombre, al que dices emperador, que no tiene nada más que los hombres en la región” (2014: 199).

Los milagros de este intercesor se pueden clasificar en dos grandes grupos:

- a) Los que alteran el curso de los hechos para beneficiar a otra persona, como es el caso del diálogo con su hija muerta;
- b) Los que revelan un don especial concedido por Dios al santo, quien actúa como agente admonitorio, o para la conversión de las personas o para destacar la prioridad de las cosas divinas.

En cuanto a su valoración literaria, conviene pensarla en dos planos.

a) El texto en sí, esto es, del narrador Leoncio. Está diseñado de manera tal que todos sus componentes completan la etopeya del protagonista -etopeya, no retrato porque no incluye la prosopografía o descripción externa-. Además, infancia y juventud están diluidas o son deducibles porque le ha interesado concentrarse en otra etapa de su vida, aquella en que ha devenido santo, y describirlo con fidelidad lo propio y distintivo de Espidirón. Y para mejor fisonomía moral y religiosa, acude, entre otros recursos, a citas bíblicas, a alusiones a pasajes evangélicos o neotestamentarios y a personajes secundarios o episódicos, casi todos griegos-bizantinos y chipriotas, se asocian a él por semejanza o contraste. Algunos se reiteran como su discípulo y amigo Trifilio, también obispo y taumaturgo, que aparece desde el prólogo y al que Leoncio le atribuye ser su fuente de inspiración para la *Vida*, y otros son meramente puntuales, anónimos unos y nominados otros. Ex profeso, el hagiógrafo queda en segundo plano y, sin embargo, hoy se agradece a Leoncio haber dejado registro de semejante existencia. Amistoso y sencillo, se ha convertido en garante de un universo de valores compartido con el auditorio de su época.

b) El libro resultante del equipo bonaerense. Sobre la base de la edición hecha por van den Ven y la lectura del manuscrito Laurenciano gr. XI 9 ya citado (se descartó otro, el de Bruselas, por ser codex descriptus; esto es, códice copiado de otro conservado), se fijó un texto crítico acompañado, como en los dos casos anteriores, de una versión castellana (primera traducción al español y, por lo que se sabe, a una lengua moderna), con notas de carácter filológico, lingüístico, literario, retórico, histórico, filosófico, teológico, más un estudio previo introductorio e índices varios. Este manuscrito en pergamino fue compuesto en 1021 por tres manos y destinado a Isidoro, abad del monasterio San Juan de Apiro, al sur de Salerno, ciudad portuaria al sureste de Nápoles.

En definitiva, la *Vita Spyridonis* es un notable aporte por su temática y enfoque, por su organización lógica, por su cuidadosa lectura de la fuente primaria original griega y el complemento adecuado de otras fuentes secundarias, más bibliografía autorizada, pertinente, abarcadora y reflexivamente seleccionada. En el prólogo, las citas ejemplifican y comprueban los razonamientos previos, armonizando cantidad y calidad.

A mi juicio, la mayor fortaleza del libro radica, insisto, en la cuidadosa mirada de la fuente en sí. Es punto tanto de partida como de llegada. En ese sentido, los investigadores-traductores han mediado con generosidad para que accedamos a Leoncio y a su visión de Espiridón, cuya *Vida* resulta un documento literario exhortativo, una biografía con emotivas y genuinas metáforas de las vicisitudes de la humanidad en sincronía y diacronía, con un estilo apologético más una finalidad pedagógico-moralizante pero que trasciende este propósito. En tanto hagiografía, su ambiente es ritual y sacro y en él se entrelazan la tensión entre tiempo y eternidad, la creación de un espacio otro y el ideal de la *imitatio*. El pedido imperativo del inicio, Εὐλόγησον, “Bendícelo”, nos involucra directamente, nos predispone a ingresar en un espacio y tiempo diferentes, es verdad, pero -y separo lo estrictamente religioso- con resonancia actual, en tanto atemporales, como la tensión opresor-oprimido, bien-mal, virtudes-vicios. En este sentido, su lectura se enrola en textos de expansión espiritual, interpelante y significativa.

ELBIA HAYDÉE DIFABIO